

LA IGLESIA, UNA Y VISIBLE, EN LA VIDA Y PENSAMIENTO DE NEWMAN

PHILIP BOYCE

Newman fue uno de los gigantes en la Iglesia del siglo pasado. De una forma u otra, la Iglesia —la palabra y la realidad de ésta— modeló constantemente la trama de su existencia. Ella fue para él el objeto de sus esperanzas más queridas y sus proyectos más generosos, la fuente de insospechada gracia y alegría; pero al mismo tiempo la causa de profunda ansiedad, agudo sufrimiento y tremendas decisiones. Newman brindó sus mejores esfuerzos y talentos a la comunidad que en los diferentes períodos de su vida consideró ser la única y verdadera Iglesia de Cristo, aceptando de ella los más exigentes sacrificios.

Nacido en 1801 en una familia normal de clase media, el joven Newman creció en la religión de la Biblia, protegido por una piadosa madre cuyos antepasados franceses eran hugonotes, y por un padre que tenía un sentido amplio y práctico de los deberes religiosos. Más tarde, en el colegio estuvo bajo la influencia de profesores y clérigos de la Escuela Evangélica. Ésta era un movimiento que, originado en el siglo XVIII, insistía en la necesidad de la fe y de la conversión para la salvación. Los autores calvinistas, que Newman alguna vez leyera, le condujeron hacia la teoría de la predestinación. Sin embargo, como el mismo Newman aclarara después, nunca aceptó esa idea en toda su extensión.

En su momento, esta teoría calvinista sería desechada por completo, con lo que Newman viene a dar en el torrente principal del anglicanismo decimonónico. En 1824 decidió tomar órdenes, y dedicar así su vida al cuidado de las almas como un ministro más de la Iglesia. Aun cuando la Universidad de Oxford fue el escenario durante más de 25 años de su actividad académica, —primero como alumno y luego como profesor, predi-

cador y tutor— Newman siempre tomó su trabajo educacional y literario primeramente y sobre todo como una labor pastoral en servicio de la Iglesia.

La Iglesia Visible

La influencia de amigos evangélicos y escritores calvinistas había dado al joven Newman la idea de que la Iglesia era una sociedad invisible de almas justas. Una persona entraría en Ella por la gracia de la conversión moral, que, sin manifestarse externamente, es una experiencia interior profunda, emocional y personal, que da al individuo la certeza de estar salvado. Sin embargo, partiendo de su actividad personal, Newman pronto empezó a notar que esta teoría no se correspondía con los hechos reales. Muchos que aseguraban haberse 'convertido' daban escasas muestras de llevar una vida santa, mientras que otros, que nunca tuvieron una experiencia de conversión, estaban evidentemente en camino de santidad y salvación. El libro del obispo Butler, *Analogía de la Religión*, que Newman leyó en su juventud, le mostró con fuerza «una Iglesia visible, oráculo de la verdad y modelo de santidad, de los deberes de la religión exterior y del carácter histórico de la Religión»¹. Newman se convenció prontamente que la Escritura demandaba la presencia de un cuerpo eclesiástico visible, en el que la persona entraba por el bautismo, independientemente de experiencias interiores de conversión. Alrededor de 1825, Newman ya predicaba que la Iglesia era tanto una institución visible como una realidad invisible. El contenido de la revelación divina había sido confiado por Cristo para su salvaguardia solamente a este cuerpo visible, con su debilidad humana y poder divino, sus sombras y rayos de gloria. Un sermón no publicado de este año (1825) describe la nueva postura de Newman respecto a la Iglesia de Cristo:

«Por la expresión 'Iglesia de Dios' no sólo se entiende aquel cuerpo común de cristianos espirituales que viven por la fe en su Salvador y aspiran a la promesa de la vida eterna a través de Él, sino también aquella comunidad visible que es regulada por ciertas leyes y dirigida por ciertos gobernadores. La primera es la llamada Iglesia invisible —en cuanto ningún hombre puede ver (sólo Dios) quien es y quien no es creyente verdadero— la otra es la Iglesia visible porque está fundada en

1. JOHN HENRY CARDINAL NEWMAN, *Apología Pro Vita Sua*, Editada con introducción y notas por Martin J. Svaglic. Oxford, Clarendon Press, 1967, p. 22.

ciertas instituciones concretas y está compuesta por todos los que llevan el nombre 'Cristiano'. Éstas dos, la invisible y la Iglesia realmente visible deben ser una y la misma; esto es, todos los que se llaman cristianos deben ser hijos espirituales de Dios, habiendo sido dedicados a Él por el bautismo»².

Si en su tiempo Newman halló que era una moda común, pero equivocada y errónea, el hablar de dos cuerpos separados —una Iglesia visible y otra invisible— cada cual con sus miembros propios y diferentes, lo mismo puede ser dicho de nuestros tiempos. En efecto, ahora se ha vuelto común afirmar que se pertenece 'invisiblemente' a Cristo sin la mediación de las instituciones visibles y sacramentos de la Iglesia. 'Cristo sí, la Iglesia no' es casi una muletilla estereotipada, aunque sea una proposición sin fundamento bíblico alguno.

Diez años después del sermón arriba mencionado, Newman, que aún era anglicano, había adquirido la idea adecuada de Iglesia en sus aspectos visible e invisible, como lo podemos ver en el siguiente texto:

«La palabra 'Iglesia', aplicada al cuerpo de los Cristianos en este mundo, no significa sino una cosa en la Escritura, un cuerpo visible revestido de privilegios invisibles. La Escritura no habla de dos cuerpos, uno visible y el otro invisible, cada uno con su propio conjunto de miembros... Es posible hablar de la Iglesia visible y de la invisible como los dos lados de una misma y única cosa, distinguidos sólo por nuestra mente, pero no en realidad..., ningún daño puede provenir de la distinción de la Iglesia en Visible e Invisible, mientras nosotros la miremos, en general, como una en diferentes aspectos: Visible porque consta (por ejemplo) de clero y laicado, e Invisible porque su vida y fuerza descansan sobre influencias y dones recibidos del Cielo. Esto no es realmente dividirla en dos, no más que distinguir entre 'cóncavo' y 'convexo' es dividir una línea curva, la cual vista exteriormente es convexa, pero vista por el interior es cóncava... Sin duda, podemos hablar de la Iglesia Invisible en el sentido de la Iglesia en gloria, o de la Iglesia en el descanso eterno. No hay error en esa forma de hablar. No creamos dos Iglesias, sino que solamente vemos al cuerpo Cristiano como existente en el mundo de los espíritus; y a la Iglesia Visible, en tanto tiene parte en la misma bienaventuranza»³.

2. Citado en JAMES TOLHURST, *The Church...a Communion*, en la predicación y pensamiento de John Henry Newman, Leominster, Fowler Wright Books, 1988, pp. 35-36.

3. JOHN HENRY CARDINAL NEWMAN, *Parochial and Plain Sermons*, London, Longmans, Green and Co. 1910, Vol. III, pp. 221-222, 223.

Estas palabras son más relevantes que nunca en el tiempo presente. El concilio Vaticano II en su Constitución Dogmática de la Iglesia (*Lumen Gentium*) reiteró esta doctrina concerniente a la naturaleza visible e invisible de la Iglesia verdadera, en palabras no distintas de las usadas por Newman:

«Cristo, el único mediador, instituyó y mantiene continuamente en la tierra a su Iglesia santa, comunidad de fe, esperanza y caridad, como un todo visible, comunicando mediante ella la verdad y la gracia a todos. Mas la sociedad provista de sus órganos jerárquicos y el Cuerpo místico de Cristo, la asamblea visible y la comunidad espiritual, la Iglesia terrestre y la Iglesia enriquecida con los bienes celestiales, no deben ser consideradas como dos cosas distintas, sino que más bien forman una realidad compleja que está integrada por un elemento humano y otro divino»⁴.

Cuando admitimos un aspecto invisible y otro visible en la Iglesia de Cristo, tenemos que tener en cuenta la tensión inevitable que surgirá entre libertad y autoridad, entre la institución y el espíritu, entre el ministerio ordenado y el carisma. Debemos añadir a esto la debilidad e indignidad que puede entrar en las vidas de aquellos que pertenecen a la jerarquía y son los representantes visibles de la Iglesia. El mismo Newman sufrió esta realidad en muchas formas. Sin embargo, su visión de fe le impidió hacer de esto un problema o un obstáculo para el servicio y la obediencia. Leyendo a los Padres de la Iglesia adquirió «una percepción vívida de la institución divina, las prerrogativas y los dones del episcopado»⁵. Aprendió a contemplar la presencia de Cristo en su Iglesia, la acción del Espíritu que usa de hombres imperfectos y débiles como instrumentos para sus planes divinos, y la providencia de Dios guiando todas las cosas a un fin más alto. Newman sufrió en las manos de la 'institución' como Anglicano y, de algún modo, todavía más como Católico Romano. Sin embargo, nunca se rebeló. Terminó con los *Tracts for the Times* cuando su obispo anglicano se lo pidió. También renunció a su puesto como editor del *Rambler* cuando su obispo católico expresó ese deseo en privado. En una carta personal escrita tras esta renuncia dice: «Es imposible, de acuerdo con los principios y sentimientos con los que he actuado toda mi vida,

4. Constitución Dogmática sobre la Iglesia, *Lumen gentium*, No. 8.

5. JOHN HENRY CARDINAL NEWMAN, *Certain Difficulties felt by Anglicans in Catholic Teaching*, London, Longmans, Green and Co., 1908, Vol. I, pp. 371-372.

que yo pudiera haber reaccionado de otro modo. Nunca he resistido, ni puedo resistir, a la voz de un superior legítimo, que habla en su propio campo»⁶. Aunque Newman sufrió mucho de manos de aquellos que tenían autoridad, él podía decir aún con sinceridad:

«... existe tal profundidad y poder en la religión Católica, tal plenitud de satisfacción en su credo, su teología, sus ritos, sus sacramentos, su disciplina, tal libertad, aunque también apoyo, ante los cuales el olvido y la incomprensión que uno reciba de personas individuales es como polvo en la balanza. Éste es el verdadero secreto de la fuerza de la Iglesia, el principio de su inerrancia, y el cemento de su unidad indisoluble. Ella es el comienzo del descanso del Paraíso»⁷.

La Iglesia Una

El talento de Newman, su entrega e integridad lo llevaron a una posición de liderazgo en la Iglesia de Inglaterra. Como vicario de Santa María Virgen, la Iglesia universitaria, tomó una influencia enorme, y tuvo a la élite de los intelectuales de Oxford a sus pies.

Para llevar a esta Iglesia a su pureza original de doctrina, a su primer vigor e integridad, y para salvarla de convertirse en marioneta de políticos sin escrúpulos, Newman empezó a escribir los *Tracts for the Times*, los cuales, junto con sus sermones, vinieron a ser el combustible que animó el Movimiento de Oxford. Su blanco inmediato era despertar al clero que se hallaba adormecido, mundanizado, sin conciencia de su vocación ni de los peligros que amenazaban a la Comunión Anglicana. El primer *Tract* sobre el tema de la comisión ministerial fue como el grito de batalla que captó la atención general, y puso a temblar a muchos eclesiásticos comodones. Empezaba con las siguientes fogosas palabras:

«Yo no soy sino uno entre vosotros, —un Presbítero, y por eso me guardo mi nombre, no sea que robe atención por hablar en mi pro-

6. *The Letters and Diaries of John Henry Newman*, Editado en el Oratorio de Birmingham con notas y una introducción por Charles S. Dessain, London, Nelson, 1969, Vol. XIX, p. 150.

7. *Ibid.*, Vol. XXIV, Oxford, Clarendon Press, 1973, p. 25. Cf. JOHN STERN, *The Institutional Church in Newman's Spirituality*, in *Newman Studien*. Zehnte Folge. Herausgegeben von Heinrich Fries und Werner Becker. Heroldsberg bei Nürnberg, Glock und Lutz, 1978, pp. 80-87.

pia persona. No obstante debo hablar, porque los tiempos son muy malos y nadie habla contra ellos.

«¿No es esto así? ¿No nos miramos mutuamente, pero no hacemos nada? ¿No confesamos todos el peligro al que ha venido la Iglesia, pero nos quedamos sentados cada uno en su propio retiro, como si montañas y mares separaran a hermano de hermano? Por lo tanto sufríme mientras trato de sacaros de esos plácidos retiros, cuyo disfrute ha sido nuestra bendición hasta hoy, para contemplar de un modo práctico la condición actual y las posibilidades de nuestra Santa Madre; para que cada uno y todos perdamos ese hábito estéril, que ha nacido entre nosotros, de reconocer que el estado de las cosas es malo, y no hacer nada para remediarlo»⁸.

Esto fue 1833. Por una década, Newman dirigiría el Movimiento de Reforma en la Iglesia de Inglaterra, y alcanzaría la cúspide del éxito y del honor. Ninguna persona honesta dudó nunca de la sinceridad de sus esfuerzos, ni de la cantidad de bien que hizo por la Iglesia de su patria. Al morir Newman, una publicación no católica hizo la siguiente noble admisión con respecto a la pureza de sus motivos:

«El Dr. Newman... demostró su sinceridad al abandonar la Comunión Anglicana. Y debe ser recordado que, al manifestar de este modo el coraje y honor de sus principios, hizo grandes sacrificios. ¿Qué posición había entre las dignidades y cargos de la Iglesia a la que Newman no podía aspirar confiadamente, si hubiera callado su conciencia, pretendido que era leal, y permanecido en el 'Establishment'?... Si Newman hubiera sabido como sobrellevar las cosas —decir que sí y que no al mismo tiempo— podría haber muerto Arzobispo de Canterbury»⁹.

Sin embargo, Newman fue siempre leal a su conciencia y sincero en su esfuerzo de servir a la Iglesia. En cuanto a la saludable influencia que ejerció en el Anglicanismo, ningún elogio más noble le ha sido dado que

8. *Tracts for the Times*, By members of the University of Oxford. London, J. G. and F. Rivington, 1839, Vol. I, Tract n.º. 1, p. 1.

9. La publicación era el *Nonconformist*. Cf. el texto de *The press on Cardinal Newman with a short Sketch of his Life*. Compuesto por el Rev. MICHAEL F. GLANCEY, Birmingham, W. J. Cosby; Dublin, M. H. Hill and Son, n. d., pp. 179-180.

el de su viejo amigo Anglicano, Dean Church, impreso en el *Guardian* unos días después de la muerte del Cardenal en 1890:

«El Cardenal Newman está muerto, y perdemos en él no sólo a uno de los grandes maestros del estilo inglés, no sólo a un hombre de singular pureza y belleza de carácter, no sólo a un ejemplo eminente de santidad personal, sino, podemos casi decirlo, al fundador de la Iglesia de Inglaterra tal como la vemos hoy. Qué se hubiera vuelto la Iglesia de Inglaterra sin el Movimiento Tractariano es algo que podemos escasamente adivinar, y Newman fue el alma viviente y el genio inspirador de ese movimiento. Grandes como sus servicios han sido a la Comunión en que murió, son nada al lado de los que rindió a la Comunión en la que pasó los años más productivos de su vida. Todo lo mejor que hubo en el Tractarianismo vino de él: su realidad, su profundidad, su poca estimación por lo externo, su sentido agudo de la importancia de la religión para el alma individual. Las conclusiones a las que éste lo llevó fueron diferentes de aquéllas a las que condujo a sus seguidores más devotos, pero las premisas desde las que todos empezaron y el temperamento con el que trabajaron fue idéntico, y cualquier éxito sólido que el partido de la 'Alta Iglesia' haya obtenido desde la salida del Cardenal Newman ha sido debido a la fidelidad a su método y espíritu. Él será llorado por muchos en la Iglesia Romana, pero su dolor será menor que el nuestro, porque ellos no tienen el mismo motivo enorme para estarle agradecidos»¹⁰.

Es un testimonio eminente por un anglicano puro sobre la contribución de Newman a la Iglesia de Inglaterra, a la que amó y sirvió con sinceridad, pero a la que hubo de abandonar por lealtad a su conciencia. De hecho, en medio de su período anglicano de fama una sombra oscura pasó a través de su cielo sin nubes; esto es, una corta frase escrita por un obispo en África hacía casi quince siglos. El obispo era Agustín de Hipona. La frase provenía de una de sus cartas durante la controversia con los donatistas cismáticos, que habían hecho una herida enorme a la Iglesia en África. Se habían separado ellos mismos de la Iglesia de Roma y de la Iglesia Universal en base a motivos morales y doctrinales. Querían una Iglesia más pura, una Iglesia de santos, más en la línea con su idea de tradición. Se negaron a aceptar la autoridad del obispo de Roma, y consideraron inválido el nombramiento del recién elegido obispo de Cartago.

10. The *Guardian*, 13th. August, 1890. Cf. *The press on Cardinal Newman...*, p. 108.

Afirmaban los donatistas que los pecadores no podían administrar legalmente los sacramentos. Por esto, ellos re-administraban el sacramento del bautismo a quienes habían sido bautizados por miembros de la Iglesia Romana.

San Agustín los refutó al señalar los errores en sus enseñanzas y forma de vida. Para conservar su propia interpretación de ciertas doctrinas, los donatistas se habían separado de Roma y de la Iglesia Universal. Reclamaban la verdad para su grupo, una minoría. Mons. Wiseman, entonces Rector del Colegio Inglés en Roma, había usado la argumentación de San Agustín en un artículo sobre «La pretensión Anglicana a la Sucesión Apostólica». Éste apareció en el número de agosto de 1839 de la *Dublin Review*, que Newman leyó al mes siguiente. Un amigo suyo le indicó la consecuencia del razonamiento de este Padre: aquellos que se separan del enlace con la Iglesia Universal, con la *Ecclesia Una et Catholica*, muestran por ese solo hecho lo que son en realidad. ¿Lo que era verdad para los donatistas, no era también verdad para los Anglicanos? La decisiva frase agustiniana, llamada por Wiseman una «oración áurea que debería ser un axioma en teología», dice así: «*Quapropter SECURUS iudicat orbis terrarum, in quacumque parte orbis terrarum*». En otras palabras, el juicio de todo el mundo (de la Iglesia Universal) es verdadero cuando dice que aquellos que se separan a sí mismos de todo el mundo (de la Iglesia Universal) en cualquier parte del mundo, no pueden estar en la verdad¹¹.

La actualidad y relevancia de este argumento para todos los tiempos es evidente. La disputa eclesiástica sobre doctrina y prácticas litúrgicas no fue solucionada por el gran Agustín por medio de una apelación a la antigüedad y a la tradición. Su criterio fue la voz viva de la Iglesia Universal. Newman escribe en su Apología:

«Securus iudicat orbis terrarum; las palabras iban más allá de la ocasión de los Donatistas... (Éstas) decidían las cuestiones eclesiásticas con una regla más sencilla que la de la Antigüedad; aquí, por tanto, la Antigüedad decidía contra sí misma. ¡Qué luz se proyectaba así sobre toda controversia en la Iglesia! No es que, de momento, la muchedumbre no pueda errar en su juicio; no es que, en el huracán arriano, no se doblegaran a su furia más sedes de las que pueden enumerarse y se separaran de San Atanasio; no es que la masa de los obispos orientales no necesi-

11. *Contra Epistolam Parmeniani*, lib. III, c. 3 in PL 43, 101; CSEL 51, 131. Cf. W. H. VAN DE POL, *Die Kirche im Leben und Denken Newmans*, Salzburg-Leipzig, Verlag Anton Pustet, 1937, pp. 207-220.

taran ser sostenidos, durante la contienda, por la voz y la mirada de San León, sino que el juicio deliberado en el que a la postre se apoya y al que se adhiere la Iglesia es una prescripción infalible y una sentencia final contra las partes de ella que protestan y se disocian»¹².

Es fácil señalar con un dedo acusador a los herejes y cismáticos de los tiempos pasados y presentes. Las solas palabras de condena son en sí mismas de poco o ningún valor. El salto útil es el reconocimiento de la verdad y su defensa positiva, el ejemplo de obediencia sincera a la única Iglesia de Cristo aun cuando la obediencia cueste, y la influencia persuasiva de una vida santa y la conversión continua del corazón. Las obras hablan mejor que las palabras. Con las fuertes palabras de San Juan Crisóstomo: «No habría necesidad de palabras si mostráramos buenas obras. Ninguno sería pagano si nosotros fuéramos verdaderos Cristianos»¹³. Mientras más miembros fieles de la Iglesia vivan de acuerdo a su vocación en palabras y obras, en fe y práctica, en esperanza y amor, más visible y convincente se revelará la unidad de la única Iglesia, la «Ecclesia Una». Newman, comentando algunas palabras de la Constitución «*Pastor Aeternus*» del Concilio Vaticano I, escribe:

«La Iglesia es una, y esto no sólo en cuanto a fe y moral, pues los cismáticos pueden confesar esto mismo, sino una, donde quiera que esté, en todo el mundo. Y no solamente una, sino una y la misma, consolidada por su único régimen y disciplina, y debido a este mismo régimen y disciplina, los mismos ritos, los mismos sacramentos, los mismos usos, y el mismo Pastor único. En estos malos tiempos es necesario para todos los católicos reflexionar que esta doctrina de la individualidad de la Iglesia, y, de algún modo, de su personalidad, no es meramente una concepción u opinión recibida, la cual podría ser mantenida o no, según nuestro querer, sino que es una verdad fundamental y necesaria»¹⁴.

En ocasiones, no obstante, esta luz de unidad y vigor no alumbrará tan claramente como debería. Aun así, la luz permanece, aunque pálida:

«En verdad, aun haciendo lo que quiera, satanás no puede apagar u oscurecer la luz de la Iglesia. Él puede incrustarle sus propias creacio-

12. JOHN HENRY CARDINAL NEWMAN, *Apología pro Vita Sua*, pp. 143-144.

13. «Non opus esset verbis, si opera exhiberemus. Nullus esset gentilis, si nos essemus vere Christiani»: *In Epistolam Primam Ad Timotheum*, Hom. X, 3. in PG 62, 551.

14. JOHN HENRY CARDINAL NEWMAN, *Certain Difficulties felt by Anglicans in Catholic Teaching*, Vol. II, p. 236.

nes malignas, pero aun los cuerpos opacos transmiten rayos, y la Verdad resplandece con su propio brillo celestial, aunque esté 'bajo el celamin'. El Espíritu Santo ha prometido hacer su morada en la Iglesia, y la Iglesia siempre portará en su frente los signos visibles de este privilegio oculto. Vista desde una corta distancia, toda su superficie estará iluminada, aunque en realidad la luz salga de unas pocas aperturas»¹⁵.

Newman es, en este aspecto, un ejemplo prominente. El profundo dolor que tuvo que soportar en su camino hacia la verdad desde la Iglesia en que nació hasta la Iglesia de su adopción es para nosotros difícil de comprender. Cuando mencionó por primera vez esta posibilidad a su hermana Jemina, algunos meses antes de convertirse, ella replicó: «¿Qué puede ser peor que esto? Es como oír que un amigo muy querido tiene que morir»¹⁶. La integridad de la decisión de Newman y su lealtad a la luz de la conciencia pueden todavía ser discernidas en la páginas inspiradas de la *Apologia*. Él nunca cedió en su fidelidad y respeto. Veinticinco años después de su conversión, Newman podía escribir a un sacerdote que le había enviado una copia del *Sheffield Daily Telegraph*, que en un editorial afirmaba que Newman no había encontrado en la Iglesia de Roma 'ese descanso y seguridad a los que su alma aspiraba':

«Los hombres son ilógicos cuando concluyen, como el periódico que Ud. me mandó, que porque yo desapruébe las acciones de ciertos católicos, entonces mi fe está vacilante con respecto a la Iglesia Católica... Yo no he tenido un solo instante de falta de confianza en la Iglesia Católica desde que fui recibido en su seno. Sostengo, y siempre he sostenido, que su Soberano Pontífice es el centro de su unidad y el Vicario de Cristo. Y yo siempre he tenido, y aún tengo, una fe sin nubes en su Credo y en todos sus artículos; una satisfacción completa en su culto, disciplina y enseñanzas; y un sincero anhelo, y una esperanza contra toda esperanza, que los muchos y queridos amigos que dejé en el protestantismo puedan ser partícipes en mi felicidad»¹⁷.

La vida de Newman ofrece un ejemplo luminoso para todos los que tienen que sufrir por su perseverante lealtad a la Sede de Pedro y a Roma,

15. JOHN HENRY CARDINAL NEWMAN, *Parrochial and Plain Sermons*, Vol. III, p. 243.

16. *Letters and Correspondence of John Henry Newman during his Life in the English Church*. Edited by Anne Mozley. London, Longmans, Green and Co., 1911, Vol II, pp. 409-410.

17. *The Letters and Diaries of John Henry Newman*, Vol. XXV, p. 90.

por su fidelidad a la Iglesia Una de Cristo, sin importar los sacrificios que imponga, ni las heridas que tenga en su imagen visible, muchas veces infligidas por sus hijos predilectos. Qué vibrante fe y lealtad firme emanan de las siguientes palabras en una de sus meditaciones:

«No permitas nunca que olvide ni por un instante que Tú has establecido en la tierra un reino de tu propiedad, que la Iglesia es tu obra, tu establecimiento, tu instrumento, que nosotros estamos bajo tu regla, tus leyes y tu mirada, que cuando la Iglesia habla, Tú hablas. Que la familiaridad con esta verdad maravillosa no me lleve a ser insensible hacia ella, que la debilidad de tus representantes humanos no me lleve a olvidar que eres Tú quien habla y actúa a través de ellos»¹⁸.

La Iglesia que tiene tanto una forma visible como una forma invisible; la Iglesia que es invisible, pero que tiene un aspecto esencialmente visible en su jerarquía, sus instituciones y sacramentos; la Iglesia que es *una* y unida bajo el sucesor de Pedro, de esta Iglesia Newman ofrece un testimonio personal y persuasivo en palabras y obras, testimonio que mantiene toda su relevancia en la escena contemporánea de la Historia de la Iglesia.

Ph. Boyce
Ateneo Pontificio Teresianum
ROMA

18. JOHN HENRY CARDINAL NEWMAN, *Meditations and Devotions*, London, Longmans, Green and Co., 1911, pp. 378-9.

**En el XXV aniversario
del Concilio
Vaticano II**